

De la nota al diario

# ERNESTO VOLKENING Y NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA

Todo cuanto apuntamos aún contiene un ápice de esperanza,  
por más que provenga de la desesperación  
Elias Canetti

EFRÉN GIRALDO

Los cinco cuadernos de Ernesto Volkening (1908-1982), que reposan en la colección de libros raros y curiosos de la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá, contienen uno de los más intensos diarios de lectura que se han llevado en Colombia. Reúnen las pacientes anotaciones que el crítico renano hizo entre el 24 de mayo y el 22 de octubre de 1973 a los textos aún inéditos de su amigo Nicolás Gómez Dávila (1913-1994). Si bien los escolios son el tema principal, también hallamos entre las notas de Volkening observaciones sobre su propia actividad intelectual, así como claves para entender el campo cultural colombiano de mediados del siglo xx. Esta mezcla entre vida interior y respuesta al texto leído es fascinante. Y, para el caso concreto del editor de la revista *Eco*, deriva en testimonio entrañable sobre la vida íntima de un lector atento y solidario.

La nota, como se sabe, es un género que, pese a su espontaneidad, tiene características definidas. Si bien su carácter provisional e inacabado parece autorizar la creencia en que no tiene forma fija ni estatus literario, es sabido que ocupa un lugar importante entre lo que conocemos como géneros marginales –o *marginalia*, para emplear la expresión de origen latino y usada regularmente en lengua inglesa–. La autonomía de estos textos cortos, escritos como comentarios a lo que se va leyendo, es conocida desde la antigüedad y aún hoy tiene importancia en el cultivo de las artes de la interpretación y la meditación, pese a que la práctica humanística de glosar se ha venido corrompiendo en el mundo académico. Los *papers* con número obligatorio de citas vienen a ser la caricatura de un diálogo que siempre fue fecundo en la literatura y las humanidades.

Otros escritores de notas literarias en Colombia fueron Fernando González, Hernando Téllez y Jorge Gaitán Durán. Mientras en González la nota porta la estética y la estrategia compositiva de libros entre novelescos y ensayísticos, ficciones de libretas que reúnen apuntes de ensayistas imaginarios, en Téllez aparece como una manera de confesión y autorretrato, como el modo privilegiado de tantear en la propia sensibilidad, abismada ante los espectáculos de la naturaleza y de la cultura leída. Probablemente, la literatura colombiana no ha tenido después lectores tan atentos como estos –o, por lo menos, no lectores que acudieran a la nota de diario como instrumento fiel de recensión–.

Gaitán Durán, por ejemplo, usó la forma del diario de lectura como manera de referir la aventura personal con obras recientemente descubiertas, ante las que respondía como un crítico exigente, pero también como un poeta para el que la indagación de las nuevas sensibilidades era crucial. *El cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell o *El erotismo*, de George Bataille, de cuyos tempranos impactos dejó testimonio

en la revista que él mismo dirigió, fueron algunas de esas obras donde creyó encontrar nuevos derroteros. Gaitán Durán y su diario de lectura son un caso muy especial, pues esta publicación fue el lugar donde el género de la nota logró por primera vez notoriedad editorial en Colombia, al punto de que una de sus secciones llegó a llamarse “Márgenes”. Y, probablemente, fue uno de los espacios para el cultivo “profesional” de las artes de la lectura anotada.

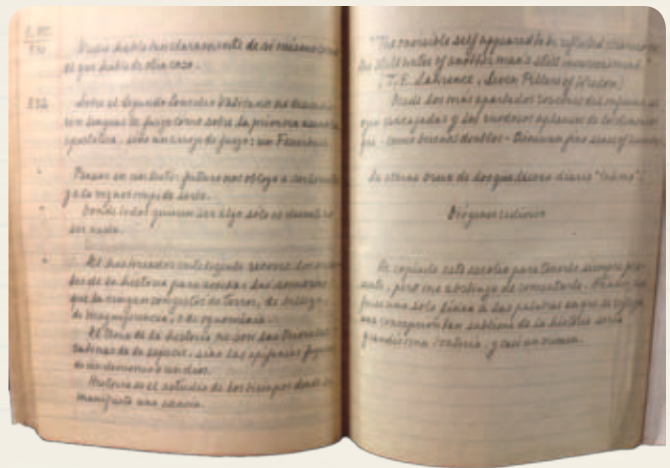
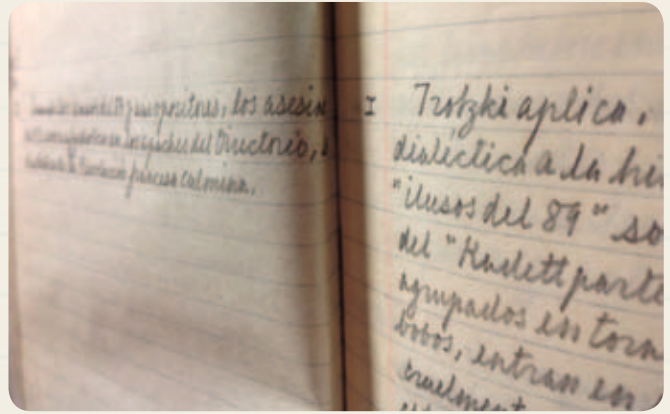
Por su parte, *Eco*, sobre todo a través de Volkening, permitió un mayor despliegue a ese ejercicio singular de crítica personal, en que las lecturas estaban entrañablemente tramadas con la vida personal y la sensibilidad. De hecho, los diarios de lectura que este autor dejó desperdigados en casi dos centenares de textos cortos, publicados sobre todo en *Eco*, vienen a ser un ejemplo de lo que la crítica literaria nunca más pudo volver a ser en Colombia: un compromiso vital con lo leído y con lo escrito. Como recuerda Eduardo Jaramillo Zuluaga, a propósito de la legendaria aventura editorial de *Eco*, “la exuberancia cultural de sus páginas nace del supuesto de que somos lectores precarios, ansiosos y desordenados como los lectores de todas las provincias”.

Las notas de lectura tienen una estrecha relación con la experiencia del tiempo, pues son sucesivas. Son como trozos de experiencia letrada, responden a momentos de intimidad con los libros, cristalizan como estalactitas los impulsos de comprensión. Suplen la insuficiencia del momento y vienen a ser, en el ámbito de la vida intelectual, como los biografemas de Barthes: dejan la huella de una consignación sentida, resumen la energía de una mano comprometida con la ocurrencia. Facilitan la rápida fijación del apunte de lectura como surgió en cualquier lugar –basta con sacar la libreta del bolsillo– y en cualquier momento del día o de la noche. Al ser atajo entre pensamiento y escritura, logran lo que buscó el ensayo desde Montaigne: la menor distancia entre la experiencia y su asentamiento en palabras. La

nota de lectura, como unidad principal del diario del lector, logra convencernos de que la vida vivida puede ser, finalmente, una vida leída. Las notas, al igual que las entradas de diario, tienen una relación con la vida. Son la manera más inmediata en que discurso y pensamiento se integran. A su modo, dirimen la lucha entre acción y contemplación, integrando en el flujo cotidiano la respuesta emotiva a lo leído.

La relación de las notas con el espacio se vuelve también evidente cuando las vemos en manuscrito o cuando, ya vueltas libro, los editores mantienen las propiedades visuales que les imprimió la mano. Se hacen en un lugar específico de la página, eso es lo fundamental, pues quien escribe notas admite su lugar secundario respecto del texto ya escrito y fijado. Las notas están, entonces, siempre en relación con otra escritura y adoptan una disposición marginal que, extrañamente, no las priva de su autonomía. A veces, parecieran vigilar el texto principal desde una posición subalterna, que las deja libres de toda sospecha. Aunque no en pocas ocasiones, cuando los ojos del lector bajan hasta la margen, el escrito principal puede explotar a causa de la violencia que la nota ha ejercido sobre su sentido. Las notas son subsidiarias de la vida o de otra escritura. Y, como se ve en ejemplos clásicos o medievales, dejan de ser incidentales. Son una tecnología.

De ahí que tengan también una relación con la materia, con el soporte de consignación. El cuaderno, la libreta y el bloc son su lugar natural. Por eso, el dibujo, el collage y las más diversas formas del montaje de papeles pegados y agregados son habituales. Mientras el pensamiento y la palabra oral están en la esfera del mero acontecimiento, la nota y la entrada de diario son hechos intelectuales y culturales, pues constituyen un homenaje a la fijación de un efecto. Son como una especie de monumento discreto, de túmulo en el diálogo con las voces vivas de los muertos. Por ello, cuando se trata de convertir los diarios de lectura en libros, la



Los diarios de lectura que este autor dejó desperdigados en casi dos centenares de textos cortos, publicados sobre todo en *Eco*, vienen a ser un ejemplo de lo que la crítica literaria nunca más pudo volver a ser en Colombia: un compromiso vital con lo leído y con lo escrito.

edición facsimilar es la más apropiada, para que los borrones, gestos y flujos de la línea guarden testimonio de la dimensión física inherente al acto de anotar. Los complejos montajes de Aby Warburg, los esquemas anotados y sobreanotados de Proust y los papeles pegados de Benjamin son las versiones vanguardistas de esta materialización del juego entre el texto leído y el texto escrito. No en vano, como recuerda Anna Guasch en su monumental libro sobre el arte y el archivo, la nota y la acumulación de textos que comentan a otros definen enteramente un paradigma de creación.

Ahora bien, la disposición visual y objetiva del comentario define la actitud del anotador. Todas son formas de discurrir al margen –al amparo, deberíamos decir– de una escritura principal. Por tanto, las notas se entregan a una estética que interroga la cultura letrada, en cuyos intersticios viven no de manera parasitaria, sino simbiótica. A veces, la nota ilumina su fuente y casi que se hace indiscernible del texto que le dio hospedaje. La palabra “posición”, con la que habitualmente caracterizamos la ideología, recupera su significado físico con la nota, el comentario, la glosa y demás formas argumentativas breves.

En el caso del diario de Volkening, la dependencia con el texto principal –los escolios de Gómez Dávila– es incluso más especial. Se trata de notas de notas, de fragmentos que van a la caza de otros fragmentos. Al anotar, Volkening sabe que está comentando las anotaciones al margen de uno de los más grandes cultores de este género. La conciencia de Volkening sobre los géneros argumentativos breves fue, desde luego, evidente. De hecho, su ensayo más conocido sobre Nicolás Gómez Dávila, y también publicado en la revista *Eco*, lleva por título precisamente “Anotado al margen de ‘El reaccionario’ de Nicolás Gómez Dávila”.

El interés de los cuadernos de Volkening es, por ello, doble. Por un lado, se trata de la vivencia sentimental del

pensamiento vuelta texto, como quería Lukács. Pensamiento que en el Volkening lector de Gómez Dávila es editorial, crítico y cultural. Hay allí, además de la detallada y cuidadosa aproximación a los problemas suscitados por los escolios, una amplia variedad de emociones vinculadas con ideas, conceptos y teorías, así como con la conciencia crítica. El amigo intelectual piensa los textos como crítico y especula con los otros lectores-amigos que esos textos podrían tener. La crítica textual, los avatares políticos a que se somete un editor, la filosofía de la historia, la situación del orden geopolítico y la preocupación por el humanismo son temas que aparecen en los cuadernos.

Por otro lado, encontramos las vivencias más concretas de un editor, escritor y traductor que no puede evitar, mientras lee y anota, referirse a sus problemas personales, a su paso por la revista, que, a juzgar por algunas de las notas, le producía una especie de desolada amargura. Es en este punto donde las entradas de diario conservan las huellas de las tristezas, frustraciones y melancolías del escritor que empieza a ver en lo que lee una hermandad con sus mismas ideas.

“Escribir sería más fácil si la misma frase nos pareciera alternativamente, según el día y la hora, mediocre y excelente”, dice el esolio de Gómez Dávila. Mientras que la nota de Volkening le responde de este modo: “En efecto, hay ideas que en la noche que todo la agranda nos parecen estupendas, y estúpidas en la mañana del día siguiente. Moraleja: sólo confiar en las ideas que pasaron por el filtro de la insípida luz matutina”. En casos como este, el comentarista se suma al sentido, se convierte cooperador del texto anotado y lo vuelve imagen de su vida.

Dos detalles deben tenerse presentes. Por un lado, que sea un manuscrito, un libro que aún no ha llegado a término, hace más especiales a los cuadernos. En él nos habla –o le habla a Gómez Dávila– un lector que se piensa a sí mismo, acaso, como editor.

Y, por el otro, está el hecho de que, con cada consignación, con cada comentario, asistimos al afianzamiento de una amistad intelectual. Escribir sobre lo que un amigo ha escrito para nosotros es fundar nuestra relación sobre el cara a cara de los textos.

A veces, en los cuadernos de Volkening hay notas que no se refieren a ningún escolio en particular, sino que discuten alguna propiedad del estilo de Gómez Dávila, como si, luego de haber visto las especies, el naturalista se detuviera en un recodo del camino para anotar una conclusión sobre el aspecto del paisaje. “La transparencia de la frase en NGD no ha de engañar al lector: es la diafanidad del espejo de una laguna en una tarde de verano sin brisa”. En otras ocasiones, el anotador se ve a sí mismo como quien sigue tan detalladamente el pensamiento del escritor que cree anticiparlo. En una nota leemos: “Yo he empezado a vivir tan íntimamente con NGD, su modo de sentir y pensar, su idiosincrasia misma, que a veces me le adelanto con un comentario que encuentro en la página siguiente”.

Por momentos, lo asaltan las dudas. Siente que la perfección formal y la eficacia de los textos de Gómez Dávila dejan al comentarista un pequeñísimo lugar para la maniobra:

Abundan en los escolios aquellos que son de una perfección infinitamente superior al intento de comentarlos. Son perfectos en el sentido que a esta noción hayan atribuido los antiguos y que sólo sé definir negativamente: como unidad estructural a la cual no se puede agregar ni quitarse un adarme sin dañarla imparablemente, criminalmente. Ahí está el motivo de mi silencio: el temor de no saber decir nada que no fuese mero pleonasma, el burdo repetir de lo que ha dicho el autor a su manera, en forma clásica, con esa parquedad extrema que tanto admiro en los autores romanos, en Julio César sobre todo, *The world in a nutshell*.

Mientras el pensamiento y la palabra oral están en la esfera del mero acontecimiento, la nota y la entrada de diario son hechos intelectuales y culturales, pues constituyen un homenaje a la fijación de un efecto.

Al contrario de lo que haría pensar el hecho de que estén dedicadas a la obra en proceso de Nicolás Gómez Dávila, el contenido de las notas es variado. Volkening se deja llevar a otros ámbitos por los textos que lee, discute sobre teología, sobre filosofía y sociología. Habla de política. Si bien en unos casos las notas son comentarios y explicaciones de los escolios, en otros usa lo leído para ir más allá y dar vislumbres propios en algún tema problemático. Por momentos, el comentario ni siquiera se ocupa de la frase de Gómez Dávila, sino que la usa como amuleto contra algo desagradable de la vida, contra un desencuentro o una adversidad de la que es responsable una época en la que no se encaja. En el primer cuaderno, por ejemplo, se pueden leer estas palabras, escritas con resuelta caligrafía: “Un día en que hasta tal punto me tiene paralizado la mirada de la pobre ‘bestia’ (enviada del Abismo) que ni NGD logra sacarme de mi mortal letargo —y es mucho decir—”. Ambos autores se encuentran en una era bajamente aristocrática, en la que el diálogo de lectura es el que facilita la única complicidad posible: la que se establece sobre los escombros de una era.

Algunas de las notas que hemos citado muestran el talante de crítico de Volkening y los estados de ánimo que invaden la lectura. La disposición hacia los escolios es



Los géneros menores y extraterritoriales han tenido un destino equívoco, pues parecen habitar en una zona inaccesible para los radares del canon y la industria cultural. Y, sin embargo, en ellos probablemente se encuentra el verdadero laboratorio de la escritura.

invariablemente admirativa, aunque esto no evita que dialogue y polemice con ellos. En un escolio, también del primer cuaderno, leemos: “Negarse a admirar es la marca de la bestia”. Al frente, en la nota de Volkening, encontramos un comentario que lo modifica: “De la bestia tal vez no, sí del hombre depravado. Sin admirar, sin otras palabras, sin sentirse atraído a priori por el nexa secreto de la simpatía en el sentido que le atribuían los herméticos, nadie entenderá ni jota de los *Escolios*”.

Esta propensión al diálogo en la intimidad, esta consignación página a página de una conversación entre iguales, marca la lectura que podemos hacer del diario de Volkening, más de treinta años después de que fuera escrito en la soledad de la casa bogotana. Surgen, de manera adicional, los rasgos de un estilo que, pese a la fuerte influencia de lo leído, conserva su distinción. El recurso a frases en diferentes lenguas, la apelación permanente a la complicidad, la interrogación del sentido y un estilo lleno de giros brillantes y matices mantienen el interés literario del diario.

Los géneros menores y extraterritoriales han tenido un destino equívoco, pues parecen habitar en una zona inaccesible para los radares del canon y la industria cultural. Y, sin embargo, en ellos probablemente

se encuentra el verdadero laboratorio de la escritura. Las notas nunca se muestran a sí mismas como textos acabados, como “obras”. Son procesos, tentativas de sentido, pactos parciales con la incertidumbre. Ejercicios como el de Volkening distan de la idea convencional que reduce en Colombia la literatura a la novela y a la propaganda vocinglera de premios, de los columnistas y los escándalos que auspician los *managers* del ocio disfrazados de editores. Sin embargo, en esa búsqueda del estilo y la escritura se halla un patrimonio intelectual y estético de la literatura colombiana. Por tanto, preservarlo mediante la crítica, la edición y la investigación es un deber con la historia intelectual y cultural.

Esta pequeña muestra de los diarios de Volkening, publicada generosamente por la *Revista Universidad de Antioquia*, abre la ventana a una de las aventuras de lectura “en los márgenes” más interesantes de la literatura colombiana. ■

*Efrén Giraldo* (Colombia)

Ensayista y crítico. Jefe del Departamento de Humanidades de la Universidad Eafit. Entre sus libros se cuentan *Entre delirio y geometría* (2013), *La poética del esbozo* (2014) y *La línea sin reposo* (2016).

Nuestro agradecimiento al autor por la selección de textos de los cuadernos de Volkening y la preparación de los mismos para esta edición de la Revista.